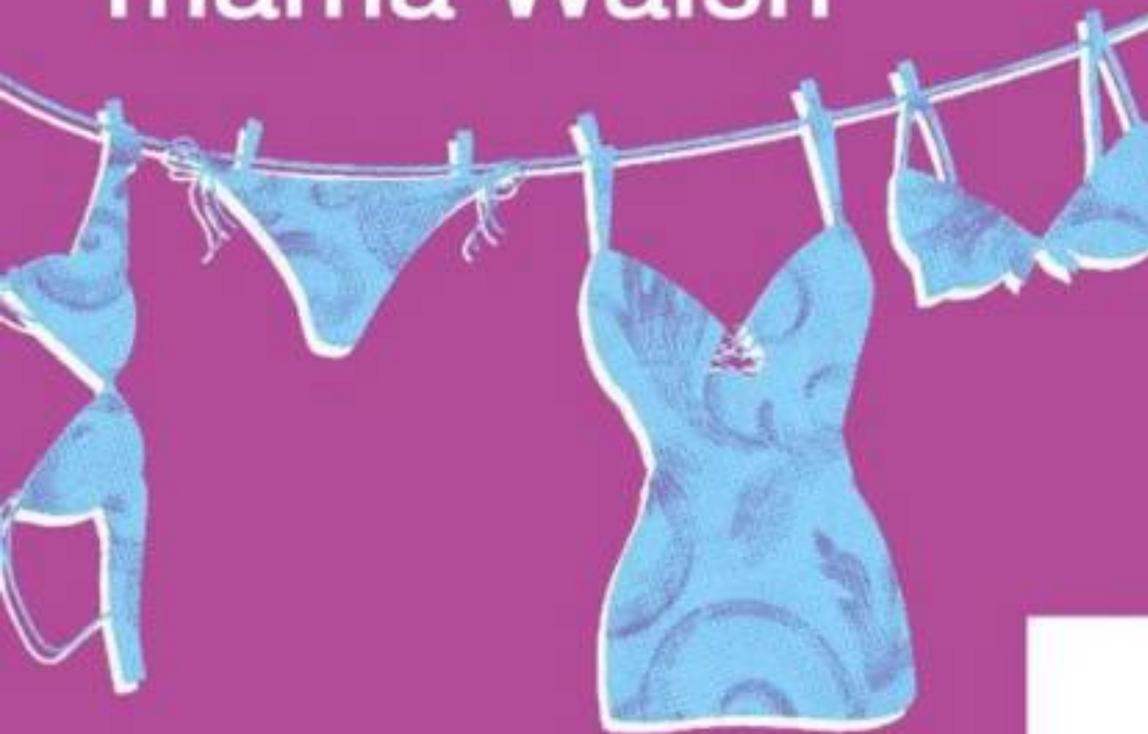


MARIAN KEYES

Consultorio de
mamá Walsh



■ Flash

MARIAN KEYES

Consultorio de mamá Walsh

Traducción de
Matuca Fernández de Villavicencio

RHM Flash es un sello digital de textos breves de los mejores autores clásicos y contemporáneos

Aquellos de vosotros que hayáis leído libros donde aparece la familia Walsh ya conocéis a mamá Walsh. Espero que al resto también os guste.

Os presento a mamá Walsh, madre, esposa, ama de casa y mediadora. No se anda con rodeos, no intenta quitar hierro. Mamá Walsh llama a las cosas por su nombre.

Hola a todo el mundo, soy mamá Walsh. Envíame tus problemas y haré lo posible por ayudarte. Pero antes has de saber que no he recibido ningún tipo de formación oficial. He aprendido en la «universidad de la vida». En otras palabras, tengo cinco hijas que, en diferentes momentos, han sido un quebradero de cabeza. La mayor, Claire, siempre fue un poco alocada, pero se casó y se quedó embarazada y pensé que todo se había normalizado, hasta que el cerdo de su marido huyó el día que ella dio a luz. Al final todo se solucionó, pero en aquel momento no tuvo ninguna gracia, te lo aseguro.* Luego la mediana, Rachel, decidió que tenía un problema con las drogas y que debía ingresar en ese centro de desintoxicación que cuesta una fortuna.* Por el mismo dinero el señor Walsh y yo podríamos haber viajado en el Orient Express a Venecia y habernos pasado ahí un mes. Luego, y hete aquí el golpe más fuerte, Margaret, la única hija buena, abandona a su —lo reconozco, soso, sosísimo— marido y se larga a Los Ángeles, donde vive su amiga Emily.* Anna, la cuarta, siempre estuvo algo mal de la cabeza. Para seros totalmente sincera, siempre pensé que le faltaba más de un tornillo. Pero me equivocaba, pues

después de pasarse años dando tumbos, ha conseguido un estupendo empleo en Nueva York con una casa de cosméticos. Seguramente habréis oído hablar de ella; es una marca que está muy de moda y se llama Candy Grrrl. Mis hijas y yo conseguimos un montón de productos gratis, a veces incluso antes de que lleguen a las tiendas. Estamos muy orgullosas de ella, aunque todavía nos cueste creerlo. Y Helen, la pequeña, más inútil aún que su hermana, también ha encontrado un trabajo estupendo. Es detective privada, o DP, como la llamamos a veces. Cuando tiene mucho trabajo, me suplica que la ayude en sus operaciones de vigilancia, y si no coincide con mi día del bridge, acepto, porque no me gusta fallarle. En dos ocasiones la he ayudado a entrar en pisos ajenos y buscar documentos y otras cosas, y os diré algo: no imagináis la de suciedad que se acumula en las casas cuando la gente no espera visita. De todas mis hijas, Helen probablemente sea la que tiene el mejor trabajo, con excepción de la noche que alguien arrojó un ladrillo a la ventana de nuestra sala de estar mientras daban *EastEnders* para «asustarla».

PREGUNTA. Querida mamá Walsh, le escribo porque no tengo a nadie más a quien acudir. Creo que mi esposa tiene un amante. Solo llevamos casados diecisiete meses, pero en cinco ocasiones durante los últimos meses he visto marcas de neumático en la entrada de nuestra casa que no pertenecen a mi coche. Podrían ser de un Saab. (Yo conduzco un Ford Mondeo.) Luego encontré un trozo de envoltorio debajo de mi almohada que podría ser de un condón, pero no de la marca que yo uso. Además, últimamente mi vecino me mira con mucha compasión, como si se me hubiera muerto alguien, y antes nunca había sido tan amable conmigo; a mi esposa y a mí no nos invitaba a sus reuniones de amigos. Amo profundamente a mi mujer y esta sospecha me está desquiciando. Le he preguntado directamente si hay alguien y ella me ha dicho que no. ¿Qué debo hacer?

DAVID, Dublín.

RESPUESTA. Querido David de Dublín, has tenido suerte porque, efectivamente, puedo ayudarte. Mi hija menor, Helen, es detective privada y está especializada en esa clase de casos. Creo que sus honorarios son muy elevados, pero eso es porque carece de moral y no teme incumplir la ley. No obstante, puedo pedirle, como un favor, que te haga un descuento. Obtiene resultados muy buenos. Instala cámaras en dormitorios y pilla a la gente haciendo toda clase de travesuras. También se esconde en setos y fotografía a la gente saliendo y entrando de casas. Ojalá no lo hiciera, porque siempre anda pillando infecciones de garganta y es a mí a quien le toca escuchar sus lamentos. Es, además,

una chica muy atractiva y los hombres siempre se enamoran de ella. Existe la posibilidad de que tú también te enamores, en cuyo caso la situación con tu esposa ya no importaría. Debo advertirte, con todo, que Helen te cobrará igual.

P. D. El señor Walsh dice que los Saab son coches muy buenos, mucho mejores que el Ford Mondeo. En realidad dijo que los Saab son «sexys», lo cual encuentro sumamente irritante. Todo tiene que ser «sexy» estos días. ¿Cómo puede un coche ser «sexy»? Los culos son «sexys» (o pueden serlo). Los ojos son «sexys». Pero no los sillones blancos ni el arroz y aún menos los coches... Lo siento, me he ido por las ramas. ¿Por dónde iba? Ah, sí. El señor Walsh dice —y mis disculpas si te resulta un poco fuerte, pero me limito a comunicarte lo que él me ha dicho— que si fuera mujer se acostaría con el hombre del Saab.

P. Querida Mamá Walsh, me pregunto si podría aconsejarme en lo siguiente. Tengo un novio al que quiero mucho. Llevamos dos años y hace poco nos fuimos a vivir juntos. Ayer por la noche me dijo que sus padres, que viven en Nottingham, vendrán a pasar el fin de semana con nosotros. El problema no es eso, el problema es que mi novio dice que su madre espera que el domingo le prepare un redondo de ternera, y soy vegetariana. La carne me da asco y la sola idea de tocarla me pone la piel de gallina. Sin embargo, mi novio insiste en que debo hacerlo. Dice que, de lo contrario, su madre no me aceptará. ¿Qué debo hacer? ¿Me empeño en que sea él quien cocine la carne, y fingimos que la he hecho yo?

ANGIE, Londres

R. ¿Estás loca? ¿Quieres que tu casa se incendie? Los hombres son un desastre en la cocina, todo el mundo lo sabe. No, tienes que afrontar la situación y abandonar esa tonteería vegetariana. Mi hija Rachel también fue vegetariana durante un tiempo, pero solo porque quería llamar la atención. Luego se aficionó a las drogas e intentó suicidarse, y entonces fue capaz de dejar el vegetarianismo porque recibió toda la atención que necesitaba. El caso, Angie, es que la carne es deliciosa, no tiene sentido comer sin ella y la necesitas para que te aporte hierro y otros nutrientes básicos. Si no comes carne, sufrirás infecciones de oído e hidropesía. ¿Y quién acabará subiendo y bajando las escaleras para cuidarte? Exacto, tu mamá. Empieza por el pollo — Marks and Spencer hace menús completos muy sabrosos— y cuando menos te lo esperes, ¡te estarás comiendo un filete! ¡Suerte!

PREGUNTA. Querida mamá Walsh, le escribo por un problema bastante delicado. Se trata de mi novio. Cuando hace «pipí», lo mancha todo. El cuarto de baño está salpicado de gotas y huele fatal. Le he pedido que sea más cuidadoso, pero no hace caso. ¿Qué debo hacer?

FIONA, Edimburgo

RESPUESTA. Al principio de nuestro matrimonio, el señor Walsh era culpable del mismo comportamiento. Mi consejo es que se lo restriegues por las narices.

P. Querida mamá Walsh, tengo una hija que dice que es lesbiana y se pasea por nuestra calle de la mano de su «pareja» a plena luz del día. Estoy muerta de vergüenza. ¿Qué debo hacer?

ANON, sin dirección.

R. Querida Marguerite (he reconocido tu letra), no me haré la sorprendida porque yo misma las he visto con mis propios ojos y todos los vecinos se dedican a espiarlas por detrás de las cortinas. A ellas les trae sin cuidado que las vean y en una ocasión hasta se detuvieron al lado de mi ciprés para «morrearse». Ángela es una chica encantadora y solo busca llamar la atención. Todas las hijas lo hacen, y muchas veces me he preguntado si sería más fácil con un hijo. Si las hijas no son lesbianas, se empeñan en ser vegetarianas o drogadictas, o se esconden detrás de setos húmedos con un objetivo de largo alcance, pillan anginas y se pasan una semana en la cama pidiendo Lemsip y Kit-Kats Chunky. Es la cruz que nosotras, las madres, tenemos que cargar. Resígnate. Piensa en nuestro Señor en la cruz, con clavos de quince centímetros en las manos y en los pies, muriendo por nuestros pecados, y hay gente que ni se lo agradece.

P. D. Tal vez tu marido, el señor Kilfeather, podría por una vez en su holgazana e inútil vida echar una manita teniendo una pequeña charla con ella. No me extraña que tu hija piense que es «bollera» teniendo a su padre como único modelo masculino.

P. Querida mamá Walsh, ¿puede ayudarme con un dilema?

Me encanta leer novelas para chicas, me animan, sobre todo los finales felices en que la heroína consigue a su hombre. No obstante, hace poco leí un artículo donde una feminista tachaba estos libros de «antifeministas» y perjudiciales para la causa de la igualdad de la mujer. Me llevé un gran disgusto porque siempre me he considerado una feminista comprometida, pero una feminista que cree en el amor entre el hombre y la mujer. Por favor, ayúdeme.

CAMILLA, Gothenburg

R. Estoy hasta el moño de las feministas. No son más que una pandilla de arpías chillonas y malhumoradas que buscan que las mujeres se sientan culpables de todo. Son peores que los hombres. ¡Decirme a mí que me dejo explotar por llevar sujetador y hacerle la cena al señor Walsh! En realidad, yo no le hago la cena al señor Walsh desde los años ochenta. No porque me sintiera explotada, sino porque mis cinco mocosas hijas solo comían Frosties. Si me mataba cocinando, se reían y fingían no saber si el resultado final era animal, vegetal o mineral. Así pues, decidí no hacer más el primo matándome en la cocina cuando podía estar viendo *Neighbours* y jugando al bridge. Pero lo decidí no porque sea feminista, sino porque ya no me apetecía. Y tampoco me mato en la casa, pero no porque tema que me exploten, sino porque tengo mal la espalda y no me conviene agacharme (la aspiradora queda descartada). Demuestra lo independiente y librepensadora que eres leyendo lo que te apetezca y enviando a las feministas al cuerno.

P. D. ¿Es tu verdadero nombre?

P. P. D. ¿Me has escrito antes? ¿Me estás «acosando»?

P. Querida mamá Walsh, ¿puede darme algún consejo para obtener un bronceado falso? Cuando no se me hacen vetas, me pongo demasiado naranja, y en el trabajo he sido objeto de una campaña de murmuraciones.

DAWN, Cardiff

R. ¿Se han reído de ti, cielo? Sé muy bien lo que es eso. La paciencia es la clave. Por otro lado, y con esto podría parecer que estoy promocionando a mi hija, con Candy Grrrl conseguirás un bronceado precioso. Y otra cosa, Dawn, ya no lo llamamos bronceado falso, sino autobronceado. Bueno, como decía, Candy Grrrl va muy bien. Te has de aplicar la crema con guantes de látex, en plan *Hospital Central*, y el bronceado aparecerá al cabo de tres aplicaciones. Ni vetado ni demasiado naranja. Tiene un olor bastante apesto, pero todos lo tienen. El señor Walsh se pone furioso. Dice que apesto el dormitorio. Yo le digo que cierre el pico, que es un pequeño precio por tenerme guapa. Otra cosa que podría ayudarte es hacerte una «exfoliación», o sea, un buen fregoteo con algo granuloso, antes de aplicarte el autobronceador. Si no quieres gastarte dinero en una crema exfoliante, restriégate con fuerza con la toalla de la cara. Aunque, y quizá parezca de nuevo que estoy promocionando a Anna, Candy Grrrl tiene una crema exfoliante estupenda que huele a piña. Aunque para mí es fácil decirlo porque la consigo gratis.

Mamá Walsh lamenta no poder entrar en la correspondencia privada, pues tiene una casa que llevar, un marido prácticamente inútil y cinco hijas que siempre se están metiendo en líos.

PREGUNTA. Querida mamá Walsh, llevo con mi novio casi tres años y anoche, cuando estábamos en casa viendo *EastEnders*, de repente me soltó: «¿Has engordado? Has engordado, ¿verdad?». Y sí, debo confesar que he engordado. Cuando lo conocí tenía la talla doce y ahora tengo la dieciséis, así que le dije: «Sí, creo que un poco. Pero ¿me quieres igual, verdad?» Y él dijo: «Claro que te quiero». Pero me miraba de forma extraña, como si en verdad hiciera meses que no me veía. Sus ojos se detuvieron demasiado tiempo en mi barriga, lo cual no es justo, porque iba vestida con ropa de andar por casa, lo que hace todo el mundo después del trabajo, y a nadie le favorece esa ropa. De modo que metí la barriga y dije: «Pues si me quieres, no hay ningún problema». Entonces él dijo: «Pero me gustabas más cuando estabas delgada». Me quedé de piedra. Si la gente se quiere, su aspecto no debería importar. ¿Qué debo hacer?

HOLLY, Londres

RESPUESTA. Querida Holly de Londres, ¿has intentado el programa *Weight Watchers*? Deirdre McMahon, que vive cuatro puertas más arriba, obtuvo excelentes resultados. Estaba bastante rolliza cuando empezó, pero ya ha alcanzado su «peso ideal» y es toda piel y huesos. Aunque se ha pasa-

do un año que solo hablaba de bajadas y estancamientos. A veces, cuando era «día de pesarse» y la veía llegar, fingía una cistitis para no tener que invitarla a pasar. Y desde que alcanzó ese maldito «peso ideal», se ha cortado y teñido el pelo, se ha renovado el vestuario y no habla más que de sexo. Y te estoy hablando de una mujer como yo, sexagenaria. Ayer vino a casa luciendo una camiseta ceñida que decía «Ángel malo», unos pantalones de tiro corto y un tanga rosa asomando para que todas lo viéramos, aunque yo sé que eso de enseñar el tanga ya no se lleva. Ya nunca se sienta, porque estando de pie puede lucir mejor su pérdida de peso. Estábamos hablando de encargarnos el pavo de Navidad y yo dije: «Necesito uno bien grande», y ella respondió: «¡Y quién no, nena!», e hizo ese gesto vulgar de echar la cadera hacia delante y los brazos hacia atrás. Luego no podía abrir la lata de galletas (siempre insiste en tener galletas presentes para demostrar lo estupenda que es por no picar ni una), y le dije: «Tira con fuerza», y ella soltó: «¡Lo mismo me dijo Des anoche!». Des es su marido, un hombre enorme al que no le iría mal perder unos kilos. Helen, mi hija, lo llama Dessy McCincomichelines (en su cara) y dice que apuesta a que hace una década que no ve «a la pequeña Dessy». (También en su cara, y en esa ocasión el hombre se vino abajo y reconoció que era cierto, y Helen estaba espantada porque tuvo que esforzarse por ser amable con él hasta encontrar una excusa para largarse.)

Así que, como he dicho, puedo aconsejarte Weight Watchers. Si sigues el programa durante unos meses te valdrá la pena, porque tu novio volverá a quererte. (Sé que ha dicho que todavía te quiere, pero las dos sabemos que estás en la cuerda floja.)

No obstante, si eres de esas personas «adictas» al chocolate y has de comerlo sí o sí, puede que Weight Watchers no sea suficiente. Puede que tengan que hipnotizarte. Hicieron un programa sobre eso. En él salía una mujer que decía que tenía que comer chocolate, que si llevaba más de un día sin comerlo se peleaba con la gente y se ponía a llorar en plena calle. El caso es que el hombre la hipnotizó y le dijo que relacionara el chocolate con cosas horribles, como las purgas estalinistas de los treinta, los terneros en el matadero, Westlife cantando «Mandy», sobre todo cuando extienden las manos y agarran el aire, siempre descoordinados. Era un programa muy interesante. Y la hipnoterapia funcionó. Empezaron a arrojarle chokolatinas —Flakes, Crunchies, Snickers (¿O es Snickerses? Nunca estoy segura), Bounties, Yorkies— como si estuvieran acosando a un oso con un palo, y ella suplicó que se las llevaran. (Para serte franca, creo que detecté una chispa de interés cuando le tiraron el Bounty, pero puede que solo fueran imaginaciones mías.)

Sea como fuere, la mujer lo estaba llevando a las mil maravillas, evitando el chocolate en todos los frentes, cuando, a los tres días, se vino abajo y empezó a rondar los Fruit and Nut, aunque ella mentía, asegurando que el chocolate seguía dándole asco. Pero gracias a las cámaras ocultas instaladas en su piso, nosotros nos enterábamos de todo y los productores la asaltaron por sorpresa, la llevaron a una habitación y la obligaron a ver la grabación de sus atracones. La mujer, naturalmente, estaba muerta de vergüenza, pero tres meses más tarde hicieron un programa de seguimiento y continuaba dándole al chocolate.

Si tienes la suerte de padecer obesidad, quizá puedan

hacerte una reducción de estómago. Se trata de una operación en que te cortan varios kilómetros de intestino grueso y te grapán el estómago hasta el tamaño de un guisante (de los grandes, no de los pequeños). Eso significa que si tomas más de dos cucharadas de puré de patatas en la cena, los puntos revientan y tienes una muerte lenta y espantosa. Algo en lo que pensar cuando estás contemplando ese trozo de pastel de chocolate y nata.

En fin, Holly, te deseo toda la suerte del mundo escojas el camino que escojas, pero, por lo que más quieras, no elijas la dieta de sopa de calabaza. Padecerás una flatulencia severa y si tu novio no te deja por tu gordura, te dejará por tu olor.

¡Me alegro de poder ayudarte!

P. Querida mamá Walsh, gracias por tus detalladas recomendaciones para perder peso, pero no era el consejo que buscaba. Lo que yo quería decir es que si mi novio me quiere, debería quererme tenga el aspecto que tenga, ¿o no?

HOLLY, Londres

R. Holly, lamento el malentendido. El caso es que en mis tiempos todo era diferente. Una vez que una tenía la sortija en el dedo, podía mandarlo todo a paseo e hincharse a pasteles y pan con mermelada. Podía engordar veinte kilos en cuatro meses, que no había nada que el marido pudiera hacer al respecto, porque en Irlanda no había divorcio. Si bien todos esos trastornos alimenticios no existían en mis